Y llegaste tú

Daniel Smith

Image not found.

Capítulo 1

Michael estaba en el balcón tratando de respirar un poco de aire puro. La fiesta en la casa de la familia Main estaba siendo más pesada de lo que podía imaginar. Tenía que acudir, como a todas las demás fiestas, para mantener las relaciones con sus vecinos y socios de negocios. Estas fiestas no eran más que [otro lugar] más para hacer negocios con la añadidura de mujeres llevando sus mejores galas, jovencitas en busca de el negocio de sus vidas, el matrimonio, y hombres sin dinero buscando herederas a las que conquistar.

Tras acercarse a la pared posterior, donde la escasa luz lo mantenía escondido, pudo fumarse su puro sin ser visto por matronas, jovencitas, familiares o vecinos entrometidos. Michael no odiaba las personas, pero le desagradaba bastante la falsedad de la sociedad en la que le había tocado nacer. Siendo el cabeza de familia, sus preocupaciones iban más allá de sus propios problemas. Entre sus problemas se encontraba la desagradable llegada de un barco de América sin nada de valor. Su inversión no fue demasiado grande pero sus finanzas se iban a resentir y más pensando en que su hermano estaba a muy poco de comprometerse con una de las jovencitas de la fiesta, y su hermana estaba a pocas semanas de hacer su presentación en sociedad. Todos esos gastos, más la llegada vacía del Queen Mary, le hacia plantearse la desagradable idea de buscar el también una heredera que aportara con su dote una pequeña inyección a su capital para llevar a cabo sus ideas. Sabía que en América había más que indios, su intuición no le había fallado en todos los años que llevaba controlando los negocios de su familia.

Estaba dándole vueltas en la cabeza a todas las alternativas a casarse que tenía cuando vio que su hermano se acercaba al balcón también a coger aire. Desmond Ingram, segundo hijo del Duque de Oxford, tenía un porte envidiable. El desgraciado se había llevado toda la belleza masculina de la familia con sus ojos verdes como los campos de Escocia, su pelo negro azabache y su piel de un color aceitunado que no se parecía en nada al suyo propio. Michael no conocía un desgraciado más suertudo y guapo que su hermano. Desde que cumplió los catorce años había crecido bastante como para que todas las miradas se giraran cuando el pasaba. Su hermano no era un bueno para nada, tenía su propia flota naviera y sus excursiones por el Mediterráneo, las que le había cambiado el tono de la piel, habían tenido éxito y ahora contaba con una fortuna equiparable a la de la familia según le había comentado Gerald, su amigo y abogado de la familia, que también controlaba los negocios de Desmond.

Vio que una dama con un vestido azul oscuro y el cabello también negro como la misma noche, se le acercaba por detrás. La dama, silenciosamente, se acerco hasta abrazar a su hermano por la espalda. Este sin girarse le tomó las manos y se giró lentamente con una sonrisa

deslumbradora en su rostro. Cuando sus ojos se encontraron con la mujer su sonrisa desapareció, y como si la dama quemara la soltó y se alejó de ella, quien rápidamente lo acorraló contra la barandilla. Michael nunca había visto a una dama de buena cuna comportarse así. Se veía que era de buena cuna por su vestido y por las joyas que brillaban en su cuello, muñecas y orejas. – No me puedes rechazar toda la vida Desmond. Sabes que estamos hechos el uno para el otro. – Su sonrisa fue enorme y sus ojos brillaban como si no hubiese nada que adorara más en la vida que a Desmond. Él no perdió el tiempo en remilgos y la alejó de su cuerpo. Le puso las manos en los hombros y la empujó fuera de su alcance. – Deja de perseguirme, maldita sea. No te he hecho promesas, no te he dicho palabras bonitas, y mucho menos te he tocado, ¿cómo puedes pensar que estamos hechos el uno para el otro? No entiendes que el amor es mucho más que eso que tu sientes, esa obsesión dañina que tienes conmigo no te deja ver que hay muchísimos hombres en esta fiesta que morirían por casarse contigo. Sin embargo, yo no soy uno de ellos. Yo ya he encontrado a la mujer con la que me voy a casar y no eres tu Mary. – Desmond estaba hablando con Mary Augusta Elizabeth Stuart, la hija mayor del Marqués de Kent. Los ojos de la muchacha dejaron de brillar de emoción para pasar a lo que parecía ser lágrimas. Desmond había herido sus sentimientos con las duras palabras que le había dicho. Mary parecía a punto del llanto cuando de repente su mano ascendió hasta encontrarse con la mejilla de su hermano y le propinó tal golpe con el puño que su hermano dio un paso hacia atrás. Definitivamente Mary Stuart no era como las demás señoritas de la sociedad. – Guárdate tus palabras de amigo para quien las quiera. Yo quiero que te cases conmigo no que me digas verdades que no quiero oír. No te das cuenta de que el matrimonio es un negocio en el que tu tienes mucho que ganar. Yo solo te pido discreción y a cambio te daré herederos para tu estúpido título. Quiero, o mejor dicho necesito que pienses con la cabeza fría. No ves que te estoy ofreciendo el negocio del siglo. Tu hermano se libraría de ti y tu recibirías una enorme dote de parte de mi padre. Estamos hechos el uno para el otro porque yo sé lo que tú quieres y tu ya sabes lo que yo quiero. No habría llantos ni desengaños, solo amor que crecería con el paso del tiempo. – Mary hablaba en susurros por lo que se había vuelto a acercar a Desmond cuya mano estaba todavía pegada a su mejilla. Michael no podía ver su cara ya pero imaginaba que no debería estar muy contento. Mary parecía que iba explotar en cualquier momento con la rabia contenida. – Solo te pido que te cases conmigo en vez de con Laura. Tu enamoramiento pasará y cuando eso ocurra te hallarás con una niña malcriada que no te entenderá. Yo entiendo lo que quieres y comparto tus ideas. Te dejo ser libre de hacer lo que quieras con muy pocas condiciones. Es un maldito negocio redondo. Piensa en las 60,000 mil libras que mi padre te dará. Tengo la dote más alta de este maldito salón. Y no me digas que no todo es dinero porque no es que yo sea fea y un desastre. ¡Sabes que no! – Su voz fue adquiriendo volumen hasta que las

últimas palabras ya no eran un susurro.

Desmond respondió con la voz cargada de odio y resentimiento. – No me interesa tu maldito negocio Elizabeth. Búscate a otro que te siga el juego. No se que pretendes con todo esto, pero no me voy a casar contigo. – En ese momento Michael vio a Laura salir por la otra puerta del balcón a su derecha. Estaba muy cerca de él, pero si lo vio no dijo nada. La maceta de lo que parecía una de las palmas que sus bracos traían de América y la oscuridad le cubrían. Su mirada estaba fija en Desmond y Mary Elizabeth. Mary también se dio cuenta de que Laura acababa de llegar y sin el menor descaro se acercó a Desmond hasta abrazarlo por el cuello y rozar sus labios contra los de él. Desmond tardó en separase de ella lo mismo que tardó Laura en suspirar y salir llorando por donde mismo había salido. Los lamentos de Laura hicieron que Desmond se girara y soltara, una vez más, a Mary como si quemara. Pero era demasiado tarde, ya de Laura solo quedaba su fragancia. Desmond rápidamente intentó ir detrás de ella, pero Mary le agarró de la chaqueta para que no se fuera. – No la sigas, será peor porque vamos a montar un escandalo todos. Yo gritaré que intentaste aprovecharte de mi y tendré como testigo a Laura. – Ante tal bajeza, Michael no pudo aguantar más y salió de su escondite a la luz del balcón para ayudar a su hermano. – Desmond vete detrás de Laura, yo me quedaré charlando con la señorita Mary. – Desmond no tardó ni un segundo en salir por la puerta por la que se acababa de ir Laura.

Mary Elizabeth lo estaba mirando con ojos muy abiertos y una mirada de espanto. Seguramente no esperaba que nadie estuviera escuchando las barbaridades que le decía a su hermano. Sus mejillas adquirieron un tono rosado. Ahora de cerca Michael podía ver sus ojos caramelo que le invitaban a perderse en ellos, su cabello negro como la noche invitaba a que lo tocaran, y sus senos, aprisionados contra el escote del vestido, invitaban a ser liberados. Michael tuvo que hacer un esfuerzo por mirarla a los ojos una vez más, y sacando fuerzas de donde no las tenía la reprendió. – ¿Cómo se le puede ocurrir a una señorita de sociedad hablar de esa forma a un caballero? No creo que ni su madre, ni sus familiares le hayan enseñado esos modales y mucho menos ese derechazo que le dio a mi hermano. – Ella dio un paso hacia atrás y su boca hizo la forma de una o. Como podía alguien ser tan bello y tener tan poca sesera.

Mary dio otro paso hacia atrás. – Usted no tiene derecho a escuchar a escondidas las conversaciones ajenas su Excelencia. Nadie por mucho título que tenga está exento de esa norma de sociedad. – Mary fue a escaparse de Michael cuando este le agarro el codo.

– ¿Y dígame señorita quien le ha dado permiso para que se vaya? – Los ojos de ella adquirieron el mismo brillo de desesperación mezclado con ganas de llorar que tenían justo antes de pegar un puñetazo a Desmond, así que Michael se preparó para esquivar cualquier golpe. Sin embargo, ella no se atrevió a levantarle la mano. El era el Duque de Oxford y ella no

era tan estúpida como para olvidarlo. – Si me lo permite Excelencia, voy a retirarme antes de que mi vergüenza adquiera mayores dimensiones. No pretendía causarle ninguna molestia. Lo que escuchó fue una conversación sin contexto que entiendo puede llevar a mal entendidos pero que le juro que para mi y para Desmond está bastante clara.

– Querrá decir para usted y el Marqués de Quilmaty. Y, sí, por supuesto que para Desmond tiene que estar clara. Una oferta como la suya debe ser difícil de rechazar. – La miró con una mezcla de odio y reproche que hizo que ella forcejeara entre sus brazos para soltarse. Michael no la iba a dejarla escapar tan fácilmente así que la agarró con sus dos manos y la apresó contra su pecho. Sentir su pecho femenino, sus caderas bien formadas bajo el vestido y su cintura entre sus brazos lo hizo estremecer. Llevaba mucho tiempo sin estar con una mujer y Mary Elizabeth le estaba despertando mucho más que su rabia. Ella forcejeó más, pero lo único que consiguió fue retorcerse y restregarse más contra él. – Suélteme Excelencia, no estaría bien que alguien saliera y nos viera en estas condiciones. – Una vez lo dijo en voz alta su rostro cambió y le miró a los ojos con una chispa de esperanza. Mary parecía muy desesperada por casarse, algo que entre las mujeres de buena cuna no estaba bien visto. Michael se tomó unos segundos para soltarla. No estaba claro para él su situación. – ¿No te sirve este hermano Ingram para tu negocio? – Ella no perdió ni un minuto y se alejó de él, pero sus ojos se mantuvieron apresados en los de Michael quien se dio cuenta de que ella estaba calculando la situación. Por un minuto pensó que no sería tan mala idea casarse con ella. Su dote era definitivamente suficiente para invertir en América. Sin embargo, rápidamente rechazó esa idea. No sabía que intenciones podría tener ella o peor en qué situación embarazosa se encontraba ella. Quizás hasta hubiese un embarazo literal de por medio.

– No creo que usted esté insinuando lo que creo que sus palabras me dieron a entender, Excelencia. Porque si me da la más mínima esperanza no dude que le ofreceré "mi negocio" ya que no estoy buscando amor, ni una cara bonita, ni ningún hombre en particular. – Michael no podía creer lo que estaba escuchando, estaba loca. Le estaba ofreciendo a él lo que no hacía ni un segundo atrás le había ofrecido a Desmond. ¿Quién era esta mujer?

Michael la soltó y se alejó un paso de ella. A esa distancia, maldita fuera su suerte, sus ojos resplandecían más. Su rostro tenía un brillo que antes no había visto y sus labios, carnosos y rosados, le invitaban a alzar su dedo y tocarlos para comprobar si eran tan suaves como se veían. Michael dio otro paso hacia atrás buscando un poco de aire y la distancia apropiada que la etiqueta permitía entre un hombre y una mujer solteros en edad casadera. A sus veintiocho años le costaba creer que una mujer tan bella pudiera estar buscando un marido sin ninguna razón aparente. – Y dígame, señorita ¿por qué busca tan encarecidamente a un marido? ¿Acaso estamos en estado de buena esperanza, o quizás necesitamos

cubrir un pequeño desliz? No me cabe en la cabeza otra razón para que la hija Marqués de Kent tan desesperadamente se ofrezca a cualquier hombre de esta fiesta. – Mary entrecerró los ojos y habló de forma muy deliberada. – Si está usted interesado en mi negocio de verdad, le espero en mi casa mañana a una hora adecuada. Y no, no es por ninguna de las situaciones que usted mencionó que estoy buscando marido. – Con esas palabras ella hizo una pequeña reverencia y le dio la espalda. Michael pudo observar el contoneo de sus caderas mientras entraba al salón una vez más y como a su paso las mirada de todos, pero sobre todo la de los hombres, la perseguían cuando pasaba.